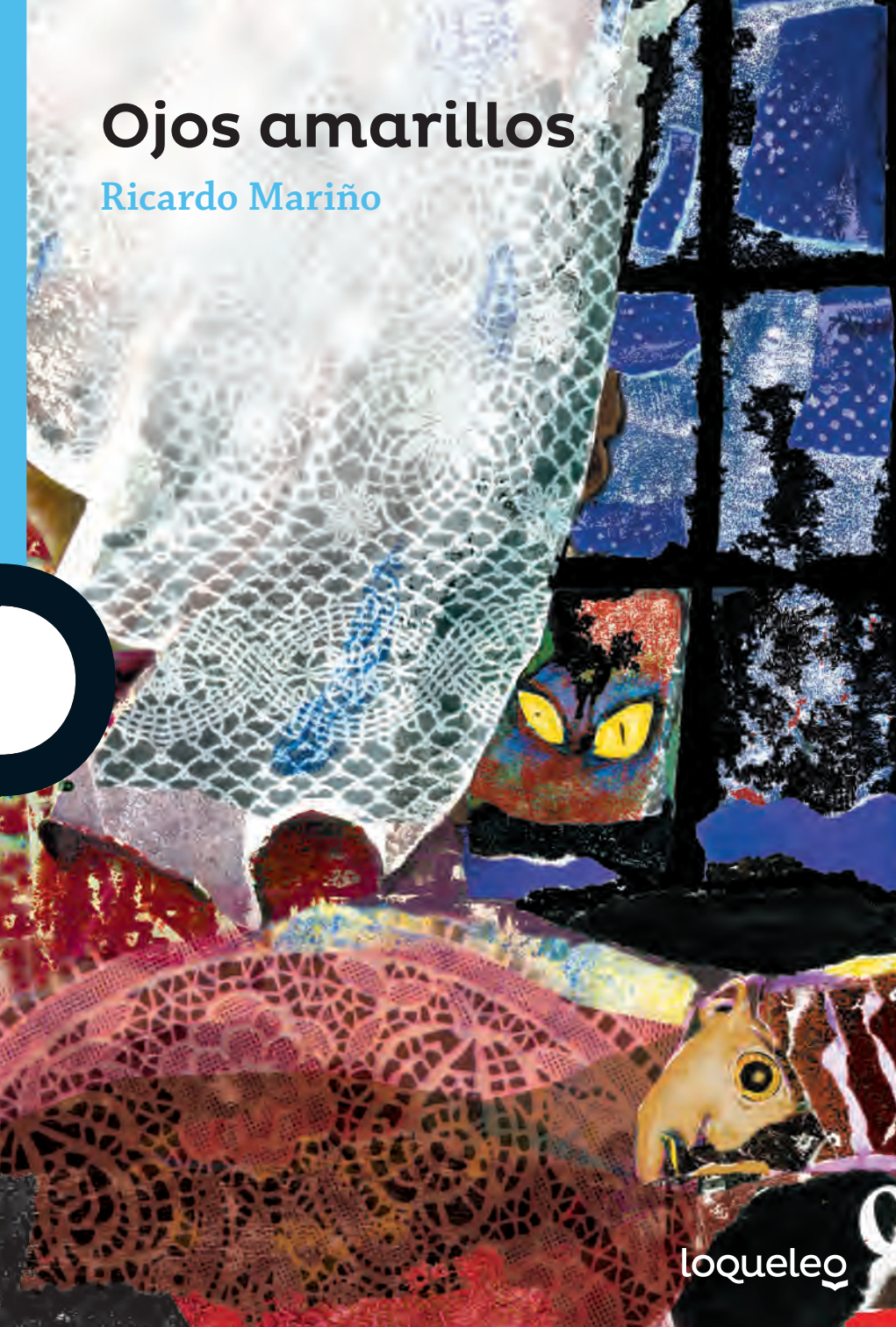


Ojos amarillos

Ricardo Mariño



loqueleg



www.loqueleo.santillana.com

© 2001, RICARDO MARIÑO
© 2001, 2006, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4377-7
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: SANDRA LAVANDEIRA

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Mariño, Ricardo Jesús

Ojos amarillos / Ricardo Jesús Mariño ; ilustrado por Sandra Lavandeira. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

88 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4377-7

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Lavandeira, Sandra, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Ojos amarillos

Ricardo Mariño

Ilustraciones de Sandra Lavandeira

loqueleq

Ahora que sí me decidí a escribir esta historia quiero comenzar por la noche en que el chico se despertó con la sensación de que unos extraños ojos lo miraban mientras él dormía...

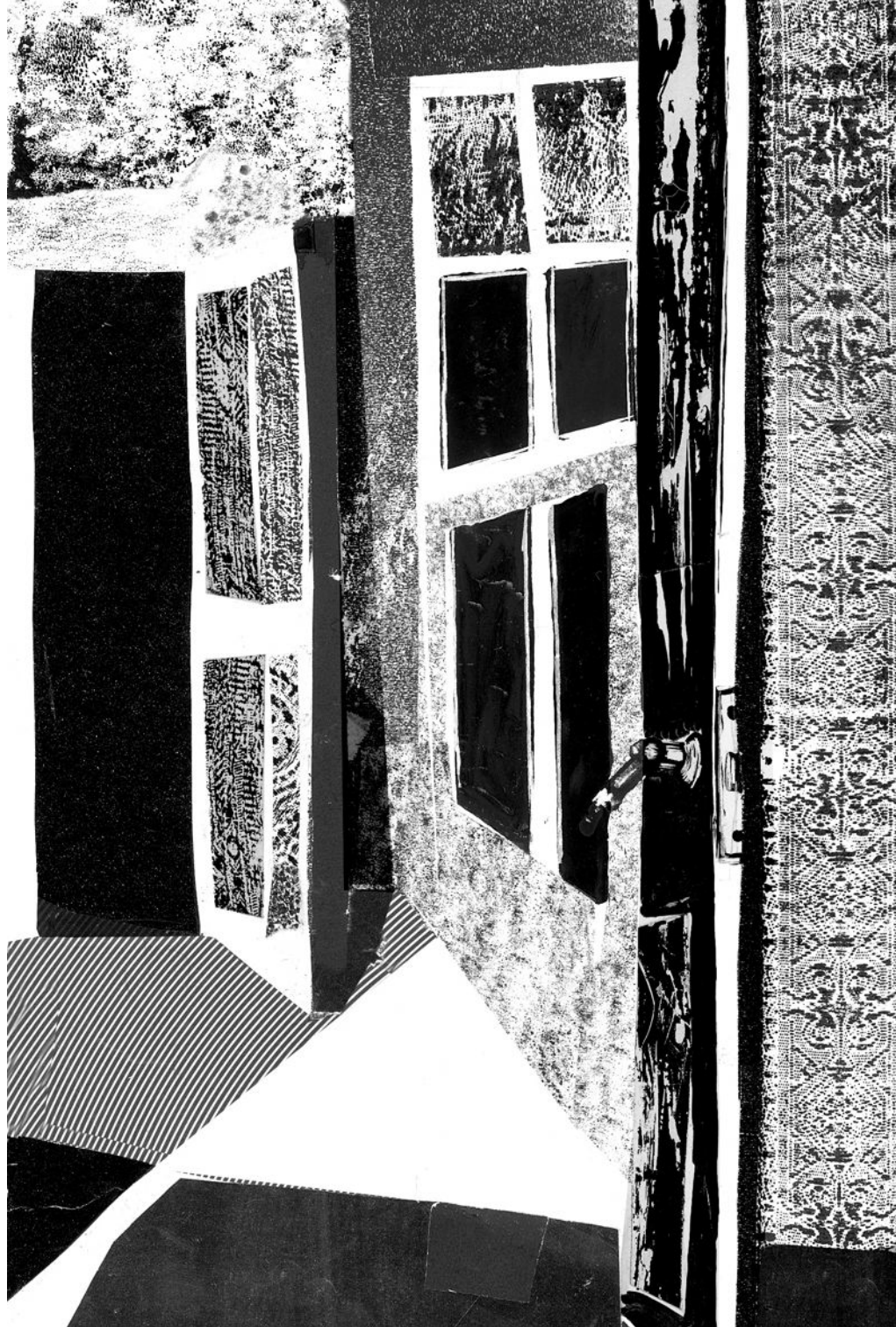
Luchando contra su propio miedo alargó la mano y buscó a tientas el interruptor del velador. La luz lo obligó a mantener los ojos semicerrados hasta acostumbrarse a la claridad. De pronto le pareció que algo se desplazaba en la ventana. Esa impresión le arrancó un grito y lo hizo sentarse en la cama. En situaciones así no le salían gritos potentes, el miedo parecía obturarle la garganta y sólo emitía una especie de aullido angustioso. Por lo demás, su madre estaba en una habitación suficientemente apartada como para no escucharlo.

Se quedó parado sin saber qué hacer. Las dos opciones lo atemorizaban por igual: quedarse

allí o caminar hasta el cuarto de su madre, atravesando el largo pasillo que unía las dos habitaciones. Era una sensación desagradable porque todavía no había salido completamente del sueño. Entre ese estado de confusión, las piernas que no le respondían del todo y el terror que sentía, no podía pensar. En su mente se mezclaba la sensación de la pesadilla con lo que creía haber visto en la ventana...

Era bastante común que tuviera miedo de noche, y cuando estaba tan asustado sólo lograba calmarse yendo al lado de su madre (su padre estaba de viaje desde hacía diez días). Hacer el trayecto hasta la habitación de sus padres le daba miedo, pero no hacerlo era peor: no lograba dormir en toda la noche y pasaba esas interminables horas mirando de reojo hacia la puerta, la ventana o el ropero y ni siquiera se animaba a mirar debajo de la cama, que era otro sitio que le resultaba amenazante.

Como en otras oportunidades, salió de su habitación caminando lentamente, esta vez casi retrocediendo, sin quitar los ojos de la ventana, porque la pesadilla de esta noche se relacionaba con una mirada. Una mirada de ojos extraños. Salió del cuarto con la sensación de que lo estaban mirando. Caminó en puntas de pie por el pasillo,



en busca de la llave de luz que estaba en el otro extremo. Para empeorar las cosas, la puerta de su cuarto emitió un débil chirrido y se cerró, dejando el pasillo completamente oscuro. El chico permaneció contra la pared y en esa posición resolvió que debía caminar rápido hacia la habitación de su madre, pero luego de contar hasta diez. Para contar cerró los ojos y, antes de llegar a ocho, no aguantó más y salió apresurado. De pronto fue tomado por los hombros. Los gritos, ahora sí, parecieron sacudir la casa.

Sentados en la cocina, medio abrazados y temblando de frío o de miedo, la madre y el chico parecían dos criaturas desamparadas.

—Iba para tu habitación a ver si estabas bien. Tuve una pesadilla horrible —le dijo la madre.

—¿Qué pesadilla? —quiso saber el chico.

—No, no quiero ni acordarme. ¿Y vos qué hacías ahí, Joaquín?

—Es que... iba al baño.

—¿Con la luz apagada?

—Se me cerró la puerta.

A Joaquín le costaba reconocer que durante las noches tenía miedo y no estaba dispuesto a admitir ante su madre las frecuentes pesadillas que convertían sus noches en una tortura. Muchas veces resolvía la situación fingiendo que estaba enfermo. Llamaba a la madre y le decía que

le dolía la garganta o la cabeza y así lograba pasar un rato con ella. Durante ese tiempo, mientras la madre le preparaba un té y luego se quedaba con él sentada en su cama, el chico era feliz y se sentía seguro.

Ése era uno de sus recursos contra el miedo, y el otro consistía en mantener el televisor encendido. Unas cuantas veces Pablo, su papá, lo había retado al advertir que tenía el televisor encendido hasta la madrugada y por eso Joaquín se cuidaba: se dormía con el televisor funcionando pero ponía un despertador para apagarlo a la madrugada, cuando ya había sol y su padre todavía no se había levantado.

—Vamos, te acompaño hasta la cama —le dijo la madre.

—Pero quedate conmigo hasta que me duerma.

—No, estoy cansada.

—Es que... tuve una pesadilla. Soñé con unos ojos que me miraban...

Cuando Joaquín entró en la panadería, la chica que atendía y una clienta —la esposa del odontólogo— se miraron con una extraña expresión. No respondieron el saludo y permanecieron quietas y calladas el tiempo suficiente como para llamar la atención del chico. Después, como si lo hubieran ensayado, las dos se volvieron hacia él y preguntaron:

—¿Qué soñaste anoche?

Era una pregunta inesperada. Y más todavía si la hacían dos personas simultáneamente. Joaquín se sonrojó y dijo:

—Nada.

—Menos mal —dijo la chica.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar Joaquín.

—Es que la señora Carola y yo soñamos lo mismo. Y, bueno, nos asustamos —rió, mientras le

extendía el vuelto a la mujer—. ¿Qué vas a llevar, Joaquín?

—Medio kilo de flautas. Sí que soñé. Me había olvidado —agregó después de un breve intervalo. La esposa del odontólogo, que tenía una figura graciosa por su cuerpo voluminoso y su pequeña cara aniñada, ya había abierto la puerta para irse, pero se detuvo y reingresó.

—¿Qué soñaste, querido? —preguntó la mujer acercando su cara a la del chico.

—No sé, no me acuerdo bien.

—¿Cómo que no te acordás?

—Me acuerdo que soñé, pero no me acuerdo qué.

—Ah —suspiró la mujer, como desinflándose.

La panadera le alcanzó la bolsita y el vuelto a Joaquín y el chico salió apurado.

—Pobrecito —dijo la mujer.

—¡Bueno, no exageremos! —dijo la panadera.

—Es que... es raro todo esto.

En la puerta de la panadería un hombre —un empleado municipal que limpiaba las calles y todos los días recibía una factura como regalo— se apartó para dejar salir a Joaquín. En lugar de entrar



en el negocio, el hombre se quedó detenido en la puerta mirando al chico mientras se alejaba.

—Buen día —dijo después, al entrar, mientras la panadera automáticamente metía una pinza en la bandeja y extraía una medialuna.

—Es increíble —agregó el hombre.

—¿Qué es increíble? —le preguntó la panadera.

—Que anoche soñé con este chico.

—¡No! —exclamó la mujer del odontólogo.

—Soñé algo... feo.

—Con un ¿gato? —preguntó la panadera—. ¿Un gato y este chico?

—Sí —se extrañó el hombre— ¿Cómo sabe?

—No, no, esto me da miedo —dijo la mujer del odontólogo frotándose los brazos como si tuviera frío—. Parece una película...